

EL MOHÁN

*El Río de Colombia, el Magdalena, que riega todo el Huila es testigo.
Ha visto en las noches de luna llena, una figura agitar sus aguas, enredar las
atarrayas o entonar una nostálgica canción en su flauta de queco.*

*Dicen los que saben, que el chamán de los Pijaos, el que curaba todos los males,
se refugió en el río con la llegada de los españoles. Desde entonces vive en
profundas cuevas, cuidando sus tesoros. Cuando se indigna, baja un rumor
embravecido por los cañones, con las crecientes que arrastran todo lo que
perturbe*

*Algunas veces se torna juguetón, voltea las canoas de los pescadores y saca los
peces de las redes. Se ve saltar de piedra en piedra, allá, a lo lejos, a la
distancia, en donde sus cabellos largos, sus ojos indios y su piel morena, se
confunden con los remolinos y las ramas de los árboles que rozan el torrente, a
donde lleva las mujeres hermosas que algún boga ingenuo quiso conquistar al
arrullo de las aguas.*

*Allí vive el Mohán. Los que lo conocen, los que tienen trato con él, los que
sacan muchos pescados para vender en el mercado, pescadores de mucho tiempo,
los que saben en qué charco juega, en qué corriente espera, le llevan tabaco o
aguardiente, a cambio de peces o el secreto del sitio para tirar las redes.*

Guillermo González Otálora

MADREMONTE

*Desde las montañas que bordean al Río Grande de Colombia,
baja el grito desolador de la Madremonte que cuida la naturaleza.*

*Los leñadores temen a ese espíritu que provoca tormentas y que se traga a los
hombres que tumban árboles. Se escucha primero un quejido profundo que
atrae al perturbador del monte. Lo sigue guiando hasta que la encuentra por
ahí, enredada entre fuertes bejucos y cubierta de hojas que al quitarlas,
muestran el cuerpo desnudo de una hermosa mujer que apenas mira con
timidez. Me contó Carlos, el sobrino de mi compadre Pedro, que el viejo se la
llevó a la enramada, la cubrió con una cobija de lana y la acostó en el zarzo.
Que despertó cuando sintió unas gotas calientes, gotas de sangre, de su tío
que estaba siendo devorado por un monstruo de tupidas enredaderas, ojos
brillantes, cortantes uñas y larguísimos colmillos.*

*Si usted se atreve a romper la armonía del monte, es mejor que lleve la medalla
bendita o que se arriesgue a perderse por siempre entre el follaje cómplice en
donde nacen las quebradas, los vientos y las lluvias.*

Guillermo González Otálora

LA PATASOLA

La Patasola aparece de tumbo en tumbo, entre la espesura de los montes oscuros, odiando a los hombres, y conquistándolos con su bella figura para devorarlos por la pena que carga

Me contaron por los lados de “La Puerta del Viento”, que un hombre encontró a su amada siéndole infiel con su mejor amigo. Le cortó una pierna, se la entregó a su amante; a ella se la llevó a lo profundo del monte. Allí en donde poco entra el sol, La dejó abandonada para que pagara su culpa con la muerte lenta.

Ella no murió y se transformó en un ser con garras de oso y larguísimas manos que se convierte en hermosa mujer cuando un trasnochador, borracho infiel, regresa a su hogar, luego de largas jornadas en los bares de los pueblos, para conquistarlo y arrastrarlo hasta su muerte segura

Las aves temen a ese enredijo de bejucos, arañas y serpientes. Por eso, cuando pase por lo mas cerrado del camino, esté atento al silencio sospechoso que produce su presencia. Acelere el paso y rece en voz alta, esas oraciones que le enseñaron sus abuelos cuando era la hora de soñar con el otro día.

Guillermo González Otálora

LOS DUENDES

Las casas campesinas que miran al río o que se agarran de las montañas, han sentido en sus techos las piedras que les tiran los duendes.

Yo he visto esos hombrecillos morenos de gran sombrero, que se enamoran con frecuencia de las vírgenes menores de quince años. Las cortejan con flores y con regalos que consiguen en la naturaleza. Persiguen a las aldeanas de cabellos largos y talle esbelto. Si ellas no les paran bolas, les hacen imposible la vida, escondiéndoles las pertenencias, rasgándoles los vestidos, regándoles basuras donde ya dejaron limpio o tirándoles porquerías a los alimentos.

A los niños se los llevan a los ríos, los trepan a los árboles y a las altas rocas. Si usted ve a su hijito mirando a lo lejos, divertido con algo que ve por allá, es que le están haciendo monerías que lo hacen reír a carcajadas.

Estos pequeños enamorados, provocan grandes confusiones entre los campesinos que van al Cura o al tiple destemplado al son de las vacas, para desterrarlos y evitar que su hija termine poseída por ese espíritu juguetón.

Guillermo González Otálora

LA LLORONA

Algunos hemos escuchado en las noches inquietas, el grito desgarrado de la Llorona. Asustadora de pueblos, por el niño que perdió, se esconde entre el monte o en las calles oscuras para asustar a los noctámbulos que nunca han creído en ella.

Cuentan en Gigante que la bella niña cortejada por todos los jóvenes, quedó embarazada y prefirió perder a su hijo para no cargar con la mirada de culpa con la que la castigarían los pobladores.

Desde entonces vive vagando por el mundo, gimiendo su pena en la búsqueda de su niño. Cubierta de los jirones de un traje negro, pasea las calles más lúgubres de mi pueblo y en las madrugadas escuchamos ese llanto triste que asusta a los trasnochadores o a los borrachos que buscan su hogar luego de gastar la plata del mercado en las cantinas.

Si siente un llanto recostado a su ventana, no la abra, no prenda ninguna luz para no ver ese rostro cadavérico y rece, rece con toda su devoción para que se vaya a espantar a quienes guardan culpas escondidas.

Guillermo González Otálora

LA CANDILEJA

Caminado para la enramada que quedaba donde escuchábamos el rumor del río, le pregunté a mi tío José Antonio que qué era eso que brillaba a lo lejos.

- Es la Candileja, mijo. No la mire- me respondió mientras apuraba su marcha.

La Candileja surca los cielos oscuros en las noches veraniegas del Valle de las tristezas.

Dicen en Tesalia que la madre alcahueta y sus dos hijos desobedientes, convertidos en tres antorchas chocan y luego se juntan para provocar quemas o para perseguir a los noctámbulos que se equivocan al rezar Padrenuestros o Avemarías. Se le escucha venir con ruido de hojas secas, en un pavoroso incendio que se pierde al escuchar las groserías que le lanza el campesino que ya conoce sus temores.

Los más viejos saben que sólo maldiciéndola pueden alejarla. Ellos la han visto a la luz del día enredada entre cachingos y arrayanes: son tres huesos blancos que cuelgan esperando la oscuridad.

Guillermo González Otálora

LAS BRUJAS

La casita abandonada en el Llano Grande, o la casa perdida en la montaña, siente muchas noches cuando llegan volando en sus escobas de hierba las brujas juguetonas y coquetas. Se posan en los techos, desde donde sentimos sus risas burleteras y sus pasos cautelosos como de grandes aves que se pasean por los tejados

En tiempos remotos, eran hermosas mujeres que embrujaban a los hombres y que eran quemadas por la Inquisición. En los modernos, las encontramos durante el día, con su gran nariz, espalda encorvada y pelos en la cara, asomadas en las ventanas de esas casas de bahareque que se resisten al tiempo. Por las noches, se convierten en hermosas mujeres que forman aquelarres con risas agudas para perseguir a los hombres, antes del alba.

A veces, se dejan atrapar con la luz de sol, si se les dejan unos calzoncillos con una manga al derecho y otra al revés o les tiran granos de maíz en el patio. Allí amanecen esas viejitas feas tratando de voltear la manga o de recoger todos los granos. Cuando sienta una bruja en el techo su casa dígame: Venga mañana por sal.

Al otro día, llegará a su casa una mujer de edad insondable, por la sal que le prometió.

Guillermo González Otálora

EL TUNJO DE ORO

-Esta noche vamos a esperar a que arda el tunjo- Nos dijo el tío José Antonio una noche de jueves santo.

Este pequeño duendecillo, se presenta a las mujeres hermosas para conquistarlas y prometerles un paraíso en donde no se siente ni frío ni calor; allí todo es música y alegría. Si ellas no le aceptan, las castiga, las golpea y les implora que se vayan con él.

Es frecuente que el llanto quedo de un niño dorado nos asuste. En las noches sin estrellas, el tunjo de oro se nos presenta en las solas calles de los pueblecillos huilenses. Algunos han logrado bautizarlo o conjurarlo para que les brinde riqueza por siempre. Otros lo han perdido por la avaricia y por la mezquindad.

Pero en verdad, dicen los que lo han visto, que es una figura de oro macizo que nadie ha podido desenterrar, pues quien lo haga debe tener un corazón tan grande como para pesarlo, venderlo y repartir el dinero en partes iguales entre los pobres y los cultos religiosos

Guillermo González Otálora

EL POLLO MALO

El pío pío del Pollo Malo nos persigue cuando regresamos tarde a la casa. Nadie lo ha visto, pero hemos escuchado su piar entre las montañas, bajando los montes hasta nuestras cabezas o en las patas del caballo que nos carga en la noche después de los tragos y las mujeres.

Ave invisible , espanto de mal agüero, volador incansable en las noches oscuras, en las noches lluviosas, en las noches ansiosas, que siempre nos anuncia la muerte de un ser querido.

Nunca falla.

Todos lo sentimos una noche de viernes santo en Paicol. Nos pareció primero que era un pollo perdido por allá , por el lado de Las Delicias. Alguno de nosotros repitió su canto y luego lo sentimos rondando nuestro espacio, por lo que todos corrimos a escondernos en las casas. Desde entonces aprendimos a acostarnos temprano.

Cuando lo escuche, no repita su piar. No rece. Apure el paso porque pronto le enredará su caminar y no le permitirá descansar en su lecho.

Guillermo González Otálora

EL POIRA

Pequeño duendecillo que habita los mas profundos charcos y remansos del Magdalena. Suele encontrárselo jugando con su larga cabellera, para conquistar a las niñas o a los jóvenes a quienes lleva a las cuevas desconocidas que habita.

Nadie le teme al Poirá. Muchas veces hemos visto su cuerpo dorado voltear las canoas de los pescadores o espantarles los peces.

Es la última esperanza cuando un ser querido se nos ahoga. Guardamos la fe de que lo haya embaucado para conducirlo a esas cavernas que, debajo del Magdalena, guardan tesoros y secretos que tal vez nunca llegaremos a conocer.

Dicen los campesinos, que es frecuente que se aburra con las niñas y con los jóvenes que conduce a su morada. Por eso, los regresa a sus hogares, para seguir sus juegos y coqueteos conquistando a otros bañistas o pescadores que se atreven a bajar solos al río.

Guillermo González Otálora

EL MANDINGAS

Un ruido como de mil truenos se escucha bajar por el camino que viene del alto.

Si usted se arriesga, es posible que lo espere en la noche oscura. A la vuelta del camino encontrará a ese hombre, vestido de negro, con sombrero negro y una capa que cae en las ancas del gran caballo negro que monta.

-Buenas noches- le dirá con esa voz cavernosa que por aquí todos reconocemos.

Al principio parece una persona común y corriente en la oscuridad del camino, que por estar bebiendo en los bares del pueblo se le hizo tarde para regresar. Solamente cuando retumba el trueno y se riega la luz de la centella, se puede ver la calavera de la risa diabólica. Entonces empezará esa carrera, en donde el campesino no querrá dejarse alcanzar del espectro que le sale adelante en cada curva del camino.

Son muchas la personas que llegan a la puerta de su casa al borde del desmayo, delirando y jurando no volver a recorrer ese camino en donde los espera el diablo.

Guillermo González Otálora

EL SOMBRERÓN

Cuando todos duermen, recorre las calles desiertas de los pueblos tranquilos. Algunas personas lo ven a la sombra de los alerones de las casas señoriales.

Aparece y desaparece . Alto, delgado, bien vestido de negro, con un sombrero alón negro, se queda mirándolo a uno como pensando qué va a ser de la vida.

Algunas veces monta un gran caballo negro y sin prisa, y sin temor a las miradas, se cruza por los senderos.

Cuentan los ancianos que este era un personaje enigmático que habitaba los caminos del Huila y que nunca entablaba comunicación con nadie. Que al morir, cogió la costumbre de recorrer las veredas que siempre andaba y que es muy común encontrarlo recorriendo la distancia que va de Neiva a Pitalito.

El sombrero no le hace daño a nadie, aunque algunas personas dicen haberlo visto acompañado de animales feroces. La verdad es que nadie puede decir que lo haya molestado, mas que el susto de verlo donde usted menos lo espera.

Guillermo González Otálora

LA MUELONA

Muchos hombres mujeriegos han caído en la tentación de abrazar y besar a esa mujer hermosa de ojos azules, cabello rubio y figura escultural que se aparece a la vera de los caminos con sonrisa misteriosa, para conquistar maridos infieles.

Me contaron mis abuelos que en los caminos del Huila no era raro encontrar a la mujer de insinuante espera.

Cuando el enamorado ha caído en su embrujo, se encuentra con un ser horrible de afiladas garras y prolongados colmillos que lo abraza hasta triturarlo provocándole la muerte.

Quienes han sobrevivido al abrazo mortal, terminan llenos de moretones, huesos fracturados y la mente en blanco, con un olvido sospechoso de lo que ha ocurrido.

Las mujeres huilenses le deben favores a esta mujer. Los maridos temen enamorarse de criaturas hermosas que se les aparecen en los caminos, aún en estos tiempos en los que los autos han reemplazado los caballos que retardaban el retorno al hogar.

Guillermo González Otálora

LA MULA DEL DIABLO

Eso sacaba chispas con las patas, vapor por la nariz y expedía un fuerte olor a azufre-- me dijo mi papá cuando nos contó que la había visto una noche de jueves santo en la vieja casa de don Obdulio, de donde habían sacado como cuatro guacas.

Dicen por acá que esa hermosa mujer que sedujo, un día lejano que ya nadie recuerda, al apuesto cura del pueblo, se convierte en una mula que nadie ha podido atrapar. Cuentan también que quien logra enlazarla, lo arrastra por campos y veredas hasta dejarlo tendido por ahí, por algún lado, sin sentido y cubierto de heridas.

Dicen que se identifica fácil, ya que el rejo queda extendido, mitad dentro de su casa y la otra mitad sale por debajo de la puerta.

Esta es una historia muy conocida por sacristanes y viejos del pueblo, quienes insisten en contar cómo han visto a esta imponente mula, sacar candela cuando ronda veloz las calles de los pueblos huilenses. Ellos mismos dicen que es una bella mujer que amanece con las manos y los pies inflamados de su rápido andar espantando a los incrédulos.

Guillermo González Otálora

LA MAMA DE AGUA

La Mama de Agua es la queja de una noble mujer española que se enamoró de un nativo . Es la hermosa e invisible mujer que llora desconsolada, porque no encuentra a su pequeño hijo, en las noches de oscuridad absoluta, noches en las que los árboles altos se inclinan para besar las aguas y se siente el rugir del viento furioso bajando por los cañones y los valles de esta tierra que nos vio nacer.

Es el llanto triste de una madre que escuchamos a la orilla de los ríos , lagunas y quebradas,

En ese entonces, además de pecado , era una afrenta que una dama española emparentara con un indio. Por eso fue que cuando nació el pequeño, su abuelo español lo robó de los brazos de la madre adolorida y lo lanzó a una profunda laguna.

Los chamanes de la tribu le concedieron a la afligida mujer el don de ser quien velara por el cuidado de las aguas y los peces , por el resto de la humanidad, para esperar a su hijo que se encuentra dormido en algún lugar de tantas aguas que riegan el Huila .

Guillermo González Otálora

EL HOJARASQUÍN DEL MONTE

Algunas veces escuchamos en las profundidades de la selva oscura un murmullo como de árboles que se advierten del peligro cuando llegamos los extraños. Las aves vuelan y los animales del monte espían desde sus madrigueras.

Amigo del perdido en la espesura del monte. Añoso viejo cubierto de salvajina en donde los pájaros anidan y muchos caminantes han sentido el arrullo de un canto perdido que los hace conciliar el sueño.

Leñador castigado a vivir por siempre convertido en árbol, con las cualidades de los humanos. Carga la culpa de haber cortado el mas viejo guayacán de la montaña. Desde entonces, cubierto de ramas, bejucos y musgo advierte al venado cuando viene el cazador y espanta las aves cuando está cerca el depredador.

Viejo amigo del equilibrio, es el guardián permanente que conserva los oídos y los ojos del hombre, para cuidar que no corten los árboles como él lo hacía cuando cayó bajo el poder de la Madremonte.

Guillermo González Otálora

LA MADRE DE AGUA

El Huila y el Cauca ya sufrieron la furia de la Madre de Agua. El Páez se desbordó llevando a su paso todo lo que encontró. Mi tío Oliverio que se a baña en el río, la sintió cuando venía bajando.

_Eso es el putas el que viene río abajo- me dijo mi tío, que había pensado cuando escuchó ese ruido que lo envolvía todo y luego cuando vio esa gran bola de agua que venía por entre los montes.

Es que la Madre de agua, vieja serpiente inmensa que vive en todos los lechos de los ríos y en las quebradas, la que regula las crecientes y las sequías, se enfurece y se torna indomable cuando los hombres profanan sus templos de agua, musgo, árboles y brisas refrescantes.

Anfibio oculto , cuerpo de serpiente , que expulsa agua por su inmensa boca para regar los sembradíos.

Que bella es vista desde el aire. Se parece a las ondas que forma el Río de la Patria bajando por los valles y cruzando las llanuras de esta Tierra de Promisión.

Guillermo González Otálora

EL GUANDO

Por la Cascajosa cuentan que el Guando es un espíritu maligno. Veían un cortejo fúnebre bajar por las lomas. Cuatro personas cargaban un ataúd que bajaban al revés, con un finado que parecía querer salirse por la bulla que inventaba haciendo traquear las tablas.

Siempre lo veían en las noches oscuras y solas. Los espantos que lo acompañan formaban una procesión que llevaba velas y rezaban una oración que nadie ha podido entender.

Mi abuelo contó que una noche lo pusieron a cargar ese ataúd, que era incómodo por el peso y que al mirar al difunto, se encontró él mismo acostado como si estuviera muerto. Nos dijo que esa noche lo dejaron en la puerta de su casa golpeado, estropeado y muy asustado.

El Guando aparece es en las noches más oscuras, al lado de un camino o un callejón, o por las calles empedradas y menos alumbradas de los pueblitos viejos, por donde pasan los borrachos camino a su casa para buscar su hogar.

GUILLERMO GONZALEZ OTÁLORA

EL CARRO FANTASMA

A la media noche, se veía por el llano de Matanzas un carro con todas las luces encendidas.

Cuenta mi papá Antonio, que lo veían venir al frente, a lo lejos y que se alcanzaban a escuchar las risas de los borrachos y la música fiestera. Para ese entonces, él manejaba el Toyota del tío Ramón. Por prevención, en cada curva lo esperaba y nada que pasaba. De pronto, lo volvían a ver cuando se alejaba con todos sus ruidosos sonidos a sus espaldas, cuando subía por la loma que llega a Puerto Dulce, donde venden la mejor panela del mundo.

Mis tíos me contaban que no lo veían pasar, pero que sentían como un ventarrón o como un zumbido que les erizaba el cuero y los tiraba a la cuneta y muertos de miedo se desmayaban.

Nunca me dijeron quienes eran los viajeros, pero lo que si es cierto es que ninguno de mis parientes se aventuraba a viajar de Paicol a La Plata después de media noche.

GUILLERMO GONZALEZ OTÁLORA

EL SILBADOR

El Silbador es un alma en pena. Cuando el diablo viene por alguien, ronda silbando, con un sonido triste, muy triste que cada vez aumenta mas y mas para atormentarlo hasta cogerlo. Por los lados de Paicol, se le escucha a la media noche para asustar a las personas.

Cuando el aire quieto de mi pueblo trae ese sonido triste, la gente se apura a gritar para alejarlo:

--Apártate torbellino, no me molestes más. ¿qué se te pierde aquí?

Cuando la gente, confiada reinicia el sueño, sienten de nuevo los silbidos, aún mas espantosos y aterradores que los mantiene despiertos porque luego sienten el golpear de puertas y esos gemidos que no dejan dormir.

A la mañana siguiente, la vecina viene con el cuento que su marido ha muerto de un momento para otro.

GUILLERMO GONZALEZ OTÁLORA

EL JINETE SIN CABEZA.

Desde la noche cuando mi abuelo se salvó del hachazo del jinete sin cabeza, la gente de por aquí casi no sale por las noches.

Dijo mi abuelo que en esos tiempos él era bueno para joropiar, emborracharse y conquistar mujeres. Una noche, de esas en las que venía alegre, como a eso de las once, por el camino que lo llevaba al rancho, escuchó a lo lejos las herraduras de un caballo que venía endemoniado por la carretera.

--Ese es José que viene a devolverme --pensó para sí--.

Cuando el caballo, del negro de la noche se le acercó, se dio cuenta que de sus patas salía fuego y cuando se le vino encima, vio al jinete sin cabeza que levantó el hacha que siempre carga para atacar a los trasnochadores.

Cuenta también que se salvó del golpe mortal porque se desmayó del susto y que no sabe cómo despertó en la puerta de la casa.

GUILLERMO GONZALEZ OTÁLORA

EL ÁNIMA SOLA

Me contó Arcesio Bermúdez que en Potosí, por lados de Villavieja, espanta el Ánima Sola.

Cuando los borrachitos bailan y ríen en el salón grande del pueblo, se aparece por allá, al otro lado del cercado, con un atuendo blanco y un velón encendido sobre su cabeza. Todos intuimos que nos mira fijamente cuando sentimos un frío extraño que nos corre de la cabeza a los pies. Nadie le ha visto su cara ni sus ojos, pero sentimos que nos escruta el alma, buscando nuestros pecados escondidos.

La noche se oscurece mas, cuando ese engendro desconocido cruza lentamente el cerco de púas y de cactus y, despacio, como queriendo que nadie la vea, da vuelta por el bar, mira a los alegres parranderos que han dado rienda suelta a sus pasiones, sin saber que su alma está siendo arrastrada al infinito; pasa luego por la escuela, voltea a repasar lo andado y, se pierde en el camino que va para el cementerio.

Decían los abuelos que es un alma en errante, que recorre los lugares menos pensados, buscando quien la acompañe en su despedida, para descansar en paz.

GUILLERMO GONZALEZ OTÁLORA

PUBLICACIÓN COLECCIONABLE
MITOS PUBLICADOS

1. *El Mohán*
2. *Madremonte*
3. *La Patasola*
4. *Los duendes*
5. *La Llorona*
6. *La Candileja*
7. *Las Brujas*
8. *El Tunjo de Oro*
9. *El Pollo Malo*
10. *El Poira*
11. *El Mandingas*
12. *El sombreroón*
13. *La Muelona*
14. *La Mula del Diablo*
15. *La Mama de Agua*
16. *La Madre de Agua*
17. *El Hojarasquín del Monte*
18. *El Guando*
19. *El Carro Fantasma*
20. *El Silbador*
21. *El Jinete sin Cabeza*
22. *El Ánima Sola*

GUILTERMO GONZÁLEZ OTÁLORA

Nació en La Plata Huila el 25 de marzo de 1956. Bachiller del Colegio Nacional Simón Bolívar de Garzón, licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Surcolombiana de Neiva y especialista en Gestión Cultural del Colegio Mayor Nuestra Señora del Rosario de Bogotá. Ha publicado: *Usted Está Loco*, novela, 1993. *La Casa*, cuentos. *La Puerta Ignorada*, narraciones. 2.000. *Mitos del Huila*, narraciones, 2002